

Vicente Luis Mora  
**Centroeuropa**



VICENTE LUIS MORA

# Centroeuropa

Galaxia Gutenberg



## Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XIII Premio Málaga de Novela, concedido el 16 de diciembre de 2019 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

También disponible en eBook

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2020

© Vicente Luis Mora, 2020  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Gama, S.L.  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 3279-2020  
ISBN: 978-84-18218-08-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la germanista Helena Cortés  
Gabaudan, con agradecimiento*

*Para Virginia*

Pero, dirá el lector, ¿es un viaje a Alemania o una simple novela corta lo que pretende hacerme leer?

STENDHAL, *Rosa y verde* (1837)

Lo que ocurre es que los de ahí arriba están de nuevo empeñados en hacer historia universal.

T. FONTANE, *Antes de la tormenta* (1878)

A través de los horrores, de las ondas y del oleaje de las soledades, ella me ha guiado hasta aquí en sitio firme.

J. W. VON GOETHE, *Fausto* (II, 1832)

## I

Varón, prusiano, soldado húsar y congelado.

Ése fue el primer cadáver que hallé al excavar la tierra helada para dar sepultura a mi esposa; escribo *mi esposa* porque nunca supe su verdadero nombre, aunque a eso volveré más tarde.

Cuando uno encuentra bajo su tierra, en su propio suelo, un cuerpo enterrado, sospecha que no está solo; de alguna manera, quien halla un cadáver teme o imagina que otros cuerpos aguardan inmóviles a la espera de su turno. Los terrenos de una comarca no pueden mirarse igual tras el hallazgo del primer muerto, porque ya no parecen paisajes floridos, sino camposantos.

Con el descubrimiento del cuerpo del primer soldado comenzó la historia, pero lo que deseo escribir no se entenderá bien a menos que retroceda unas horas y me remonte a mi angustiada entrevista con el alcalde Altmayer. ¿O quizá debería ir más allá y recuperar los tristes días de Maguncia? Ruego al posible lector que perdone mis titubeos al exponer, pues estos recuerdos constituyen el primer texto largo que me he propuesto redactar, y el pasado es tan ancho, largo y profundo que escoger como punto de partida cualquiera de sus partes constituye, en cierta manera, una impostura. Nada em-

pieza en un punto exacto. Nuestra vida no comienza del todo en nuestro nacimiento.

Y sí, contaré con todo lujo de detalles la tensa conversación que tuve con el alcalde Altmayer el día de mi mudanza al Oderbruch, poco después de asomarme al río Oder y ver su plata espléndida deslizarse sin prisa camino del norte; he de contar la charla que tuve con el regidor, en cuyo transcurso comencé a atisbar las complejidades de aquellos días de la tercera década del siglo en que llegué aquí, fechas que no puedo recordar con precisión porque mi esposa y yo vivíamos demasiado en el presente y para nosotros todos los días eran iguales, felices e idénticos, idénticamente felices, hasta que ella murió, y desde entonces fueron para mí desdichados e intercambiables, intercambiablemente infelices desde que la perdí en Maguncia o Mainz, como es conocida aquí esa funesta ciudad en la que mi amada se desvaneciera para siempre.

Lo contaré todo, sin duda, pero tened paciencia, pues antes de arrancar mi relato aún me permitiréis recordar la estupefacción que me invadió en aquel instante, cuando en mi flamante pedazo de suelo –unos acres cultivables frente al río, que fluía sin remordimientos a un tiro de fusil–, al excavar mi nueva tierra me topé con el rostro helado y sorprendido de aquel soldado de Prusia, joven aún, casi un niño, con un botón suplementario en su casaca sobre el lugar del corazón, festoneado de sangre; imaginad mi sorpresa, pareja a la suya, al toparme con él, frente a frente, mientras sus ojos abiertos se espejaban en los míos, al ahondar en la dura superficie los seis pies de tierra prusiana que iba a regalarle a mi hermosa mujer como primer y último obsequio de boda, en

tanto que su macabra dote iba a consistir en carretadas de melancolía, para disponer libremente por mi parte durante todos estos años hasta hoy mismo, cuando me he decidido a dar principio a estos recuerdos, para poner orden en ellos; y por esa razón debo desenterrar todas estas memorias, por si a alguien le fueran de provecho, quizá a un historiador como mi fiel Jakob Moltke, mi querido maestro primero y amigo después, a quien tanto debo, y a quien me gustaría dedicar este escrito, por razones que pronto se entenderán. Vuelvo a perderme, pero quiero exponer al improbable lector de este escrito la perplejidad que yo, Redo Hauptshammer, nacido en un burdel de Viena en algún momento de la agonía del siglo XVIII, sentí al ir a dar sepultura a mi mujer una mañana gélida cuando me encontré, en mi nuevo y no muy grande terreno de labranza, el cadáver de ese soldado congelado, mirándome impertérrito como si su fallecimiento en la batalla hubiese acaecido en ese instante, como si estuviera recién muerto, huésped inesperado en el reino de las sombras, como yo estaba recién llegado al reino de Federico Guillermo III de Prusia; y pala en mano recordé las palabras del alcalde Altmayer, «Tendrá usted problemas allí, junto al Oder, pues al cavar hondo se topará de seguro con el agua», y me di cuenta, ya en mi segundo día en el Oderbruch, que en estas tierras azotadas por la historia, lo que encuentras nada más abrir el suelo son anchos ríos de sangre.

Uno desconoce lo que le espera a lo largo del camino. Y además le sorprende la vida que entona dos melodías al mismo tiempo: la de tono grave y la de tono más grave. A esas líneas armónicas se unen pronto otras, las de los desastres y errores por perpetrar, como voces en un coro. Lo sabíamos mi esposa Odra –ése no era su verdadero nombre– y yo desde aquel aciago 4 de agosto en que decidimos abandonar Viena, para poner en marcha nuestro «plan francés». La idea era pasar cinco meses en Francia, más tarde explicaré en detalle los motivos, con la intención de tomar contacto con las faenas agrícolas, preparar a fondo nuestra representación social y encarar con posibilidades el futuro conjunto en Szonden. Y aunque ya nos aproximamos al relato de todas estas historias –del mismo modo que yo me acercaba a Szonden tras el tristísimo viaje de seis días, contados desde el horrible suceso de Maguncia–, déjenme añadir que la suerte puede cambiar de golpe, sin explicación, como sucedió cuando un par de jornadas después encontré a otros dos soldados napoleónicos enterrados juntos, al excavar mi pequeña finca por segunda vez en busca de un sitio propicio para sepultar el ataúd de Odra. Y todo ello acumulado de sopetón, pues los he-

chos ocurrían en la misma quincena que distaba entre nuestra llegada juntos a Maguncia, tras la experiencia en Francia y mi triste arribo a solas a Szonden; la vida me había grabado un siete en el corazón al robarme lo más querido y, casi a la vez, me dotaba irónicamente de lo necesario para sostenerme el resto de mis días.

Llegué en mi carromato al Oderbruch tras atravesar ocho comarcas de la vieja Marca de Brandeburgo; sabía que Szonden, el pequeño pueblo donde se ubicaba el trozo de tierra que constituiría mi nuevo hogar, estaba ubicado a la orilla del Oder, el ancho río que separa la Vieja Marca de la Nueva, no lejos de Fráncfort del Oder, casi a medio camino entre Berlín y Kostrzyn, una ciudad de raigambre polaca. Szonden es una localidad tan pequeña que su nombre era y aún es sólo conocido en las proximidades, lo cual me obligaba a preguntar por Fráncfort o por Lebus para no perder el camino; mi caballo daba muestras de agotamiento tras el viaje larguísimo arrastrándonos al carro y a mí, un trayecto de un día entero y nueve horas desde Magdeburgo, último lugar donde habíamos descansado sobre un común lecho de paja; un carro que pesaba lo suyo, tanto física como materialmente, al portar numerosos enseres y fardos, por no hablar del féretro que contenía a Odra.

Cuando vimos de lejos las primeras casas de lo que parecía ser Szonden, bajé del pescante de la carreta y aparté las mantas nevadas que tapaban el ataúd, por si su visión pudiera servir de argumento decisivo en la que suponía iba a ser una ardua conversación con el alcalde Altmayer; recuerdo aquel momento de fatiga y emoción como si tuviera lugar ahora frente a mis ojos: el río Oder parcialmente helado diez codos a mi derecha; el

camino, nevado; los temblores que sentía no sé si por el hondo frío invernal o por el tacto de la caja fúnebre de Odra; la conciencia de que todo cuanto había imaginado podía irse al traste; la evidencia de que nada podría ir a peor.

Los nervios me invadían de tal modo que decidí sentarme para serenar la mente, lo que hice sobre el basto féretro de pino que atesoraba a mi amada, cuya tapa era el único lugar templado en las inmediaciones al haber permanecido cubierto; para apaciguarme en lo posible repetí en voz alta unas once veces la frase que debía interiorizar hasta la misma médula: *me llamo Redo Hauptshammer y nací en Viena de madre austriaca y padre desconocido*; también me hice consciente del tono con que la pronunciaba, porque no podía dejar que mi desesperación me delatara y echase a perder los planes cuidadosamente imaginados junto a Odra; cuando abrí los ojos, había un hombre gigante alzado frente a mí, que me observaba con expresión perdida.

Delgado como un arcabuz, con la boca abierta mostrando los dientes inferiores y ungido con escasa inteligencia en la mirada, aquel fenómeno era tan alto que su faz estaba situada a la altura de la mía, pese a estar yo sentado sobre un ataúd sito a su vez encima de un carronato; el coloso debía medir casi doce pies; «Yo soy Udo», me dijo, y entendí que de esa guisa respondía a mi anterior letanía repitiendo mi nombre para convencerme de él, para hacer míos nombre y apellido, y modulé el tono de mi voz, pues ya estaba en mi nuevo país. *Creo que aquellas casas que pueden divisarse desde aquí anuncian el pueblo de Szonden*; «Es cierto que estamos en Szonden»; *le estaría muy agradecido si pudie-*

*ra llevarme ante el alcalde; «Altmayer»; ¿es ése su nombre, el del alcalde?; «El alcalde Altmayer. Son las trece horas en punto»; no le entendí, su mirada era abyecta, pensé que estaba loco de remate, hasta que pronunció una frase inquietante: «Hay algo extraño en usted».*

No podía ser tan fácil descubrirme, era imposible tras casi tres años de adiestramiento con Odra, tras superar sin problemas en Francia la prueba de mezclarme durante varios meses con todo tipo de gente; era por entero inviable que a un idiota le bastaran apenas tres frases para levantar el velo de mi cuidada representación, y me tranquilizó pensar que quizá fuese mi acento austriaco lo que desconcertaba al gigante, pues no dejaba yo de ser en todo caso un extranjero, un recién llegado a una nueva realidad; el caso es que al día siguiente recordé ese momento de pavor, sentido un poco antes de que Udo me llevase al número 14 de la Oderstrasse, propiedad del alcalde Altmayer; lo recordé tras volver a cubrir de tierra al húsar de Federico Guillermo II —este dato me lo proporcionó mi amigo Jakob— que había sacado a la luz, al intentar dar sepultura a mi querida Odra. Quizá el recuerdo de Udo vino propiciado por la larga sombra de uno de los cipreses que separan mi fondo del de Hans, el campesino colindante, pues junto a esa hilera de árboles decidí comenzar la nueva inhumación, que acabó siendo, de nuevo, exhumación; cuál fue mi sorpresa tras hallar otra vez un rastro de sangre coagulada y luego, un codo más abajo, chocar mi pala contra algo durísimo al dar un sosquín cerrado con todas mis fuerzas; tan duro era el objeto que llegué a pensar incluso en un cofre enterrado, quizá lleno de monedas; me pregunté si las leyes del lugar, que desconocía por

completo, atribuirían en tal caso la titularidad a su descubridor.

Estaba ya imaginando una nueva conversación con Altmayer sobre este particular, después de la charla sostenida el día anterior –a la que este relato llegará en breve, supongo–, cuando descubrí con horror que el supuesto arcón de oro era en realidad un cuerpo humano congelado, *otro* cuerpo humano; tras no pocos esfuerzos y la extracción de alrededor de dieciséis metros cúbicos de tierra y aguanieve, no sólo exhumé el cuerpo entero, sino un segundo cadáver, enterrado junto a éste: eran dos hermanos gemelos, vestidos con traje de soldado napoleónico, con heridas de bala y bayoneta en diversas zonas de sus cuerpos, completamente helados. A duras penas pude contener las lágrimas, porque un compañero de estos milites de infantería había causado, por error, la muerte de mi Odra en Maguncia; por ese motivo, no me hizo falta la explicación ulterior de Jakob: los uniformes franceses eran, junto a los austriacos posteriores a 1790, los únicos que yo podía reconocer; me senté desolado al borde del gran agujero abierto, sudando por el esfuerzo pese al frío inverosímil de aquella mañana nublada, frente a dos cuerpos iguales que dormían el sueño eterno, mientras que el ataúd de mi esposa, que había arrastrado hasta ese extremo del campo con no pocas penurias, me miraba perplejo; por si faltaba algún detalle, comenzó de nuevo a nevar.

Me daba cuenta de que no podía permanecer demasiado tiempo a la intemperie, sudado como estaba, sin gran riesgo de sufrir una pulmonía, enfermedad que no podía permitirme, de ninguna forma, al depender de mis propias manos para la subsistencia alimenticia, así

que extraje fuerzas de flaqueza y comencé a excavar unos dieciocho pasos más allá, casi al borde del camino que da fin al predio por el lado oeste; cavaba con una mezcla de fatiga, pena y desesperación, que se incrementaron cuando hice el siguiente descubrimiento, pero a esa nueva aberración volveré más tarde, pues creo por fin llegado el momento de regresar al día anterior, cuando el gigantesco Udo me dejó frente a una hermosa casa de Szonden, en cuya puerta esperaba un hombre con los brazos cruzados que, desafiando al frío increíble, nos miraba con severidad: el alcalde Altmayer.

Soy consciente de mi promesa de transcribir la conversación con Altmayer, a quien acabamos de encontrar frente al umbral de su casa, ceñudo y vestido con elegancia prusiana; pero mi impericia a la hora de construir un relato tan largo y lleno de andanzas me invita a congelarle ahí, y de este modo dejo un instante al alcalde Altmayer ante su típica *Giebelhaus* blanca de tejados picudos y ventanas de madera oscura, porque quiero contar, para que no se me olvide, un detalle que estimo importante y que de seguro dejaré atrás si me enfrasco en el relato de mi tirante charla con nuestro buen alcalde.

Al atravesar Magdeburgo días antes con mi carro-mato cargado de enseres, muebles, el ataúd de mi amada y fardos de equipaje —me resultaba aún imposible desecharla ropa de Odra, por más consciente que fuese de que ella nunca volvería a usarla—, a las afueras de la ciudad pasé ante un enorme edificio con almacenes adosados; en la portada de la construcción se leía COQUI, y pregunté a los mozos de cuerda que bregaban en los alrededores por qué ese edificio concitaba tanto tráfico de hombres y carros cargados de mercancías. Me respondieron que era la refinería de la familia de potentados Coqui, y que las grandes instalaciones tenían por

objeto procesar azúcar procedente de la remolacha, una herbácea que, según me contaron, comenzaba a ponerse de moda en varios estados de la antigua Confederación germánica. Entré en una pequeña tienda que daba a la avenida principal y pregunté, con un ojo puesto en mis pertenencias, cuánto costaban las semillas de remolacha. El primer precio me pareció razonable y adquirí tras una breve negociación cuatro grandes sacos, subidos con dificultades a mi carromato, antes de proseguir camino.

No quería que se me escaparan estos datos, porque en esta historia los números y los detalles son relevantes. Así que ya podemos regresar al instante en el que habíamos paralizado al alcalde Altmayer, y darle vida para que pueda expresarse a sus anchas.

«Este forastero le busca, alcalde Altmayer.» «Ya lo veo, Udo», dijo el regidor municipal, mientras me escuraba de arriba abajo, tras observar el bayo que relinchaba, mi carreta y las cosas acumuladas en ella. «Hace frío para hablar aquí, pasemos. Gracias, Udo.» «De nada, alcalde Altmayer.» Mientras cubría al caballo admiré al gigantón, que se alejaba algo encorvado. Busqué un cartapacio que desde Francia llevaba escondido bajo el pescante; con él en las manos y libre del sombrero de fieltro atravesé el umbral de la casa del alcalde Altmayer, felizmente calentada por el fuego de la chimenea. La casa era hermosa y diáfana, de muros gruesos y blancos, con una hilada de mampuesto en la parte inferior. Por desgracia no permanecemos en el salón, donde una silenciosa y oronda señora —a la que yo aún no conocía por su nombre, Genoveva Ulmer, y que por supuesto no me fue entonces presentada— hacía labor jun-

to al hogar, mirándome de reojo; se me hizo pasar a un gabinete contiguo y algo fresco, al que Utta, la flaca sirvienta, portó sin mediar palabra una estufa de ascuas. Altmayer se sentó tras la única mesa, con movimientos ampulosos para investirse de autoridad, y, como no había dónde sentarse, permanecí de pie frente a él, preparado para la importantísima conversación que iba a tener lugar y que había imaginado durante meses, como el actor que ensaya su papel.

«¿Quién es usted y a qué ha venido a Szonden?» Carraspeé para modular la voz en el tono más grave y sereno posible, y comencé mi actuación, en cuyo éxito descansaba nada menos que todo mi futuro: *Me llamo Redo Hauptshammer y nací en Viena de madre austriaca y padre desconocido. He venido a instalarme en Szonden solo* —aquí introduje un hondo suspiro— *porque mi mujer, que va en mi carro confinada en su ataúd, murió hace unos días en Maguncia a causa de los disparos de un soldado francés fugitivo...* «Lo siento», me interrumpió Altmayer, y se lo agradecí de corazón, aunque no dije nada, pues el nerviosismo me enroscaba como una serpiente a su presa. Continué de forma algo atropellada mi relato: *Gracias; como le digo, esta inmensa pérdida ha truncado nuestros planes, convirtiéndolos en míos a solas. Nuestra idea inicial era instalarnos aquí, en una pequeña parcela de terreno cultivable que nos fue donada por el señor Duisdorf.* Altmayer abrió desmesuradamente los ojos. «¿Magnus Duisdorf?» *Creo que sí; aunque no leo bien, sí puedo deletrear y reconocer palabras escritas.* «Puede ser Duisdorf. Lo conocí. Se marchó de Szonden de forma súbita hará un par de años. Tuvo problemas», sentenció Alt-

mayer, como si prefiriese dejar de hablar. *También los tuvo en Austria*, añadí, pues convenía a mi discurso. «No me extraña», respondió secamente Altmayer. *La cuestión es que mi fallecida esposa ayudó a ese señor, mediante contactos familiares, a solucionar al menos uno de sus grandes problemas, no sé cuál era exactamente el caso; y, en justa reciprocidad, Duisdorf quiso compensar su intervención salvadora con la propiedad de una pequeña finca, cuya cédula traigo en este cartapacio.* «Vaya... Sería uno de los primeros traspasos de propiedad de tierra libre que se producirían en estos campos desde la reforma agraria del gobierno; ningún Einlieger había vendido o donado hasta ahora su propiedad. Son tiempos nuevos, estos que atravesamos», añadió Altmayer, y se quedó un instante mirándome, como si hubiera algo extraño en mí, algo falso, alguna impostura. Y, como era cierto que la había, aunque él no podía, ni debía saberlo, me mantuve en silencio, controlando los nervios, aguantando la voz, para que no saliera despedida de mi garganta de una manera involuntaria, o profiriendo inconsistencias que pudieran delatarme. Pero fue Altmayer quien gritó: «¡Utta!». Utta, la sirvienta, acudió presta, piel lechosa bajo delantal y cofia blancos, mientras Altmayer y yo nos mirábamos en gélido silencio. «Trae una silla para el señor... Disculpe...» *Redo Hauptshammer.* «Le llamaré Redo, si no le importa; como no hay nadie más en la localidad con ese nombre, será sencillo identificarle.» De ese modo tan simple me reducía a un escalón más bajo, casi lindante con el servicio; poco después supe que sólo hacía unos lustros desde la remisión de la servidumbre del campesinado en Prusia, y Altmayer se acostumbraba

sin prisa a la nueva era, con bastante memoria y no poca nostalgia respecto de las anteriores.

Utta trajo la silla, e iba a sentarme en ella cuando Altmayer me detuvo con un gesto, enseñándome la primera lección de costumbres del lugar: no te sientes hasta que se te haya permitido hacerlo, cuando estés con alguien que se piensa superior a ti. Entonces dijo: «No me opongo, en principio, a lo que usted dice; pero, por ser la primera vez y estando por medio Duisdorf, cuya presencia incluso en fantasma complica siempre las cosas, le ruego que me muestre la cédula, a fin de examinar su autenticidad». *Por supuesto, aquí la tiene, señor Altmayer. Con ella le entrego mi destino, que está ahora en sus manos.* Añadí esto último para no regatearle un ápice su inexistente situación de superioridad, que tan importante parecía para él, y predisponerle así a mi favor. «Este papel está seguro conmigo, no se preocupe, Redo. Puede sentarse», añadió, acompañando el permiso con una rápida indicación de la mano. Me senté. Como conocía bien el documento, que Odra y yo habíamos leído miles de veces con la mayor ilusión, pude confrontar en qué lugares se posaba su mirada: la localización del predio, a las orillas del río Oder; la calificación del terreno, serna cultivable con alpendre construido para vivienda; el tamaño, algo más de dos *Morgen* o acres, aunque yo no sabía a cuánto ascendía la medida en estas tierras, pues suele diferir según las regiones de Europa; y, al final, lo más importante: los nombres y sellos de las personas que acreditaban fehacientemente la existencia del terruño y nuestro correspondiente derecho de propiedad. Ahí lucían las firmas y lacres del Consejero de Justicia, actuando en nombre del rey Federico Guillermo III; del

Prefecto de la comarca de Oderbruch y, por último, la rúbrica de Magnus Duisdorf, firmada de su puño y letra: «Cedo esta cédula y correspondiente propiedad aparejada a la misma a don Redo Hauptshammer y su esposa, Odra Churbredo, naturales de Viena y de Madrid, respectivamente», firmado en la ciudad de Viena, a tal día del primer tercio del siglo XIX. Altmayer miraba los sellos, me miraba a mí, miraba los nombres, me miraba de nuevo. Yo, mientras, apenas podía respirar y me consumían los nervios. Pensé que el juego había terminado y que yo había perdido. De pronto, algo le hizo serenarse. «Todo parece correcto», dijo, y estuve a punto de llorar de alegría, pero me contuve. «Además —añadió—, es seguro que usted, que parece un hombre honrado, será mejor vecino de lo que fue Duisdorf. Bienvenido a Szonden, Redo», dijo, con cierta cordialidad en la mirada; mi angustia volvió a jugarme una mala pasada y me incorporé, con la intención de darle la mano, pero me arrepentí de inmediato, al ver el rostro pasmado de Altmayer, quien no recordaba haberme dado permiso para levantarme, y me senté de nuevo. «Como veo que no está familiarizado con estos lugares, debo explicarle algunas cosas. ¡Utta!», volvió a gritar, y la criada de greñas morenas bajo la cofia apareció como un resorte, rauda como si estuviese adherida a la parte exterior de la puerta. «Que Helmut se abrigue y salga a buscar a Hans con mi trineo y el poni.» «Sí, señor», contestó Utta.

«Supongo que tiene usted experiencia como labrador.» *Alguna.* «¿Sabe lo que es una yugada?» *Sí, el terreno que pueden arar un hombre y un yugo de bueyes en un día; sé a qué medida equivale en Austria, también*

*en Francia, pero ignoro a cuánto equivale aquí.* «Más o menos a un acre, aunque aquí usamos los términos de herradura y media herradura, y de agricultor entero o incompleto. ¿Conoce esos términos?» *No, no los conozco.* «Ya los irá entendiendo; lo que ahora le conviene saber es que su propiedad alcanza la media herradura, más que suficiente para el sustento de una familia pequeña, lo que, por desgracia, es su caso, aunque esperemos que no por mucho tiempo.» No quise responder nada. «Tiene que saber que en Prusia hay dos tipos de heredades: las Grundherrschaft y las Gutsherrschaft. Estas últimas son las más habituales, tanto en esta zona de la Marca de Brandeburgo como en la Nueva Marca, al otro lado del río. Como su nombre indica, las Gutsherrschaft van ligadas, o, mejor dicho, iban ligadas a los señores de la nobleza; digo *iban* porque las sucesivas reformas agrarias, consecuencia del envenenamiento producido en nuestro mundo por las ideas francesas, han alterado varias estructuras del reino, entre ellas las de la propiedad. Esos jacobinos incorregibles, pese a haber perdido las guerras y parte de las posesiones imperiales, han ganado batallas invisibles», añadió Altmyer, mirando al techo, como si hablara para sí. «Lo que importa, para no perdernos por las ramas, ¡Utta, prepara un hatillo! –«Sí, señor», se oyó más allá de las paredes del gabinete marcialmente decorado, pues sólo entonces podía comenzar a fijarme en los detalles de cuanto me rodeaba–, es que buena parte de las explotaciones agrícolas que nos rodean pertenecen al señor, el excelentísimo barón Ernst von Geoffmann, antiguo General y Ministro del Ejército prusiano, que fue condecorado con grandes honores tras la gloriosa victoria de

Jena frente al enemigo galo. Pero las nuevas leyes permitieron cesiones a los aparceros en un primer momento, y la adquisición de derechos sobre pequeñas fincas después; y el canalla de Duisdorf, a quien no echaremos de menos, se hizo por razones que huelga mencionar con una de las primeras tierras libres, aunque nunca llegó a cultivarla, y esa tierra ahora revierte en usted. Así que, Redo Hauptshammer, es usted desde hoy el primer agricultor libre de Szonden y ciudadano de pleno derecho de nuestra pequeña localidad, lo que comunicaré al Prefecto y a Berlín, pues ya sabe que la burocracia es la peor de las enfermedades venéreas que los franceses han ido propagando por Europa en los últimos lustros, y no han sido pocas plagas horrendas las que han traído bajo sus perneras. ¿Qué va a cultivar usted?» El brusco cambio de registro me pilló por sorpresa, y salí como pude del atolladero: *No podré decidirlo hasta limpiar la mala hierba y examinar el suelo, señor.* «Prudente respuesta. Ya verá que por estos lares los cultivos siguen siendo muy tradicionales. Tendrá usted problemas allí, junto al Oder, pues al cavar hondo se topará de seguro con el agua. A través de esa ventana a mis espaldas puede ver la margen del río. En esa dirección está su terruño.» *Por desgracia, señor, entre mis muchas limitaciones se cuenta la de ser corto de vista. Tras esa ventana, salvo la hiedra que asoma por el marco, sólo puedo distinguir manchas verdes y marrones,* respondí, por una vez sin mentir, admirando con envidia los anteojos que reposaban sobre el escritorio del alcalde Altmayer. «Bueno —dijo él con cierta sorna—, su terreno no es tan grande para que esa tara se convierta en un problema.» No supe qué decir a eso entonces. Tampoco lo sé ahora. Se

oyó cierto barullo dentro de la casa, y Altmayer se levantó. Sin saber si debía levantarme o no, me incliné sobre la silla sin llegar a despegarme de ella, hasta que me autorizó con un gesto inequívoco, extendiéndome después el papel salvador. «Tome su cédula y guárdela bien, aunque no hay robos ni delitos desde hace años en Szonden. Desde que se marchó Duisdorf, ahora que lo pienso», y rio en alta voz sin tener yo claro si debía unirme o no a la carcajada; qué difícil es integrarse en una cultura distinta, aunque se hable el mismo idioma. Altmayer me felicitó por mi espesa barba y me dijo que otro día comentaríamos mis trucos para mantenerla tan cuidada. Salimos al pasillo y luego a la estancia principal, donde la señora Ulmer espiaba de reojo, mientras yo admiraba la confección de la chaqueta de su esposo y el cosido de sus botas militares. «Este hato que le entrega Utta contiene comida y bebida para un par de días, supongo que usted y su montura estarán agotados.» *Gracias, es usted muy amable.* «No hay de qué. También le haré llegar heno y paja para que puedan acomodarse en la cabaña usted y el bayo, y Hans le dará algo de madera. Éste es Hans, buenos días, Hans»; «Buenos días, señor Altmayer»; «Éste es Redo, tu nuevo colindante. Hans no es un agricultor libre, como usted, es aparcerero de una franja de tierra del barón Von Geoffmann al sur de la suya, que, si no recuerdo mal, da al norte y al oeste con dos caminos públicos y al este con el Oder. Dentro de unos días le enviaré una carta para comunicarle el día y la hora en que debe presentar sus respetos al señor Von Geoffmann». *De acuerdo, alcalde Altmayer, le quedo enormemente agradecido.* Ya comenzaba a respirar. Estreché la mano del rubicundo Hans, que tenía cara de

haber tomado un par de cervezas –y posiblemente así fuera–, y nos pusimos en camino hacia mi nueva tierra. Eché de menos ir solo; me hubiera gustado parar en algún recodo para gritar y sacar fuera los nervios que aún me atenazaban.

Lo había conseguido.

La mentira, mi papel, nuestro plan, había llegado a buen término. Odra hubiera estado orgullosa de mí. Había solucionado el resto de mi vida, o al menos eso pensé en aquel momento.

Hans resultó ser una bendición, no sé cómo hubiera podido sobrevivir sin él. No sólo me prestó leña para el fuego; dejando de lado su propia faena y con la segura reconvencción de Wiesława, su esposa de origen wendopolaco, también me ayudó a convertir la cabaña grande y destartalada de mi parcela en un lugar habitable; a bajar y guardar las cosas de mi carro, incluido el ataúd; me ilustró sobre costumbres locales, regionales y nacionales, y me dio todo el apoyo que el propietario de un terreno de labrantía puede esperar de su vecino. Siempre atento y generoso, nunca exigía otro pago a cambio de su ayuda que mi compañía al final de la jornada en la taberna de Wreech, porque el pobre buscaba siempre un compañero para beber, su ocupación preferida. Al principio, un poco por egoísmo, lo acompañaba hasta tarde, para sonsacarle información sobre usos y personas, aprovechando que el ponche fermentado le soltaba la lengua, pero al poco comencé a pensar en la pobre Wiesława, quien esperaba a Hans en casa, pacientemente unas veces y otras no tanto. De modo que tras un par de cervezas blancas –yo– y una rotación razonable de ponches, cerveza y vino –él–, solía acompañarle a su

hogar, para que llegase pronto y en condiciones aceptables. Esto, con los años, me abriría el cariño de Wiesława, quien hoy me quiere como a un hermano.

Además, yo no podía permitirme beber mucho. No sólo económicamente. El alcohol, como a cualquiera, me desinhibe. Y mi sobrevivencia en Szonden dependía ya de un solo requisito, con diferentes variantes: no meter la pata, no soltar la lengua, no descubrir mi verdadera identidad, no revelar mis orígenes. Aún hoy, tanto tiempo después, no me he atrevido a hacerlo. Nunca he mostrado mis cartas. Quizá lo haga, puede que a nadie le importe ya. En cualquier caso, recién llegado a Szonden era inviable no controlar al milímetro al lenguaje, la elección y entonación de las palabras, de cada una de ellas, como hago en este preciso momento al escribir.

Por eso Odra y yo aprendimos a no emborracharnos, como explicaré en otro momento.

He estado a punto de dejarme llevar, sólo para ver *esas palabras*, las palabras de la verdad, escritas. Pero voy a esperar. Tantos años después, tampoco hay prisa.

El segundo día de mi llegada a Szonden lo he contado en parte; si me detengo tanto en aquellas jornadas es porque decantaron en buena medida todo lo ocurrido con posterioridad y hasta hoy, cuando sólo necesito cruzar un poco el cuello por la ventana para ver, ahí mismo, a una docena de pies, los efectos materiales de aquellos días extraños.

Como ya dije, el segundo día encontré a los gemelos napoleónicos, tras haber exhumado el día de arribada al soldado prusiano. La tercera mañana, bajo una copiosa nevada y con la mente puesta en Odra, desenterré hasta cuatro soldados de la desaparecida Polonia, según he comentado arriba,<sup>1</sup> hasta que, desesperado, llevé de regreso el ataúd a la cabaña –ahora casa, en ella escribo–, para que no pasara frío, ni el agua helada de la intemperie dañase la madera del arcón. Dentro de la ca-

1. Nótese que Hauptshammer, en realidad, *no* ha comentado antes tal descubrimiento. Estos «fallos» de memoria son constantes a lo largo del manuscrito, tanto respecto a lo recordado como a lo contado sobre los recuerdos. En los *Diarios de un historiador inventivo*, publicados póstumamente en 1856, Jakob Moltke relata que, en efecto, recién llegado a Szonden, Hauptshammer descubrió cuatro soldados polacos congelados, en el tercero de varios hallazgos funestos. [Nota de la traductora.]

baña, que entonces tenía dos habitaciones y un cubículo para el aseo, y que se recorría de norte a sur en dieciocho pasos y de este a oeste en once, convivíamos los restos de mi amada, todos mis enseres, el jergón, el caballo y yo. Hans me había ayudado a remachar puertas y ventanas para que no entrase el frío, y habíamos limpiado la chimenea para que la casa pudiera caldearse y se desvaneciera la honda humedad de las paredes.

Ese tercer día, mientras cavaba, recuerdo haber pensado en los topos; me preguntaba si podrían sobrevivir dentro de la tierra congelada o si tendrían que escarbar profundamente hasta acomodarse en un estrato propio. Recordé que durante mi infancia había escuchado en Viena que los topos eran blancos por completo y que tenían los ojos rojos. Desconozco qué compañero pudo fabular tal necedad, ahora sé que son marrones y tienen los globos oculares protegidos tras una leve capa de vello. Pero en mi blanda imaginación infantil la viveza de la descripción falsa se marcó con letras de fuego, y los topos permanecieron en mi parte soñadora como unas criaturas blancas que miraban la oscuridad del subsuelo con los ojos inyectados en sangre. Sé que ese recuerdo me llegó el tercer día porque sólo un par de fechas después, al ver a una mujer de la que hablaré luego, pude maravillarme de la coincidencia de haberme acordado antes de los topos.

El cuarto día de mi estancia en Szonden amaneció clareado y abandoné mi cobertizo, determinado a encontrar un hueco térreo adecuado para el sepelio de Odra, pues me producía hondo desasosiego tropezar con su caja funeraria cada vez que me movía por mi pequeño hogar. Por un lado, me consolaba tener sus res-

tos cerca, como si ella estuviera aún próxima, en cierta forma viva; por otro, algo me decía que lo natural era darle sepultura, dar fin a mi conmoción anestesiada y comenzar el duelo. A lo lejos veía las tres improvisadas cruces que había situado encima de los lugares donde yacían los siete cadáveres, cubiertos de nuevo de tierra y de hielo sanguinolento. Ahora que los revisito comprendo que aquéllos fueron, sin duda, los días más tristes de mi vida.

Escogí otro de los costados del fundo que daba a un camino, para limitar la tierra cultivable en la menor medida posible, y comencé a cavar. Pensé, mientras se calentaban poco a poco mis músculos entumecidos por la baja temperatura, que el agua inoculada en aquella tierra antes de la llegada del invierno deshacía ahora gradualmente las piedras y granos, provocando roturas internas al ensancharse en forma de hielo, haciendo añicos –me encanta nuestra expresión alemana, *zu Bruch gehen*– cada partícula de suelo; me asombraba cómo algo tan fluido y dúctil como el agua podía dinamitar la más sólida de las rocas, vencidas por su porosidad. Mientras removía, tajaba, aventaba y distribuía la tierra a base de golpes de pala, que a veces rebotaba contra el hielo terroso atacado, pensaba en las infinitésimas explosiones que se sucedían a mi alrededor, esas pequeñas granadas que fragmentaban sordamente, como minúsculos pero eficaces morteros, todo el espacio en torno, oponiendo a la voluntad del hombre la fuerza material de la erosión. «Por ese motivo –me explicaría Hans más tarde, desde su perspectiva científica, poco común en un hombre de su extracción–, la superficie del globo se conserva casi igual, siempre idéntica a

sí misma. Si un ave pudiera vernos desde el espacio celeste y volviese a sobrevolar estos campos dentro de 500 años, vería exactamente la misma imagen: idénticos continentes y aguas, las mismas riberas, iguales montañas y espesores, pese a nuestra patética voluntad de cambiar todas las formas del planeta.»

Pensaba en esa tormenta de explosiones diminutas cuando descubrí, en una bolsa de sangre y tierra congeladas, el primero de hasta ocho soldados, que vestían con unos uniformes extrañísimos, portando sandalias de cuero y una especie de falda en vez de pantalón marcial, con petos metálicos en el pecho y cortas espadas de acero arrumbadas junto a ellos.

No podía dar crédito. Cavase donde cavase en aquella tierra maldita encontraba soldados muertos y helados, rodeados de armas, bajo charcos de sangre coagulada que vaticinaban su presencia unos pies más abajo. ¿Qué demonios sucedía? ¿Era una simple casualidad? ¿Eran aquellos cuerpos el extraño fruto de alguna morbosa manía recolectora? ¿Había sido Duisdorf un coleccionista de soldados difuntos? ¿Agavillaba cadáveres como otros compilan manuscritos o acumulan monedas de oro que entierran bajo el suelo? ¿Era ése el motivo por el que Duisdorf había abandonado Szonden y se había desprendido de la propiedad? Aquella funesta franja de siembra, ¿era una broma, una maldición, respondía a una voluntad consciente de tramar un camposanto ilícito para no cristianos? Pero los antiguos polacos quizá fueran católicos, y el soldado prusiano hallado el primer día sería seguramente fiel a la doctrina de Lutero, como la inmensa mayoría de los habitantes del Oderbruch y de toda la Marca de Brandeburgo.